

El complejo de amor en Edgar Morin

(Un amoroso homenaje al “profesor” Alfredo Gutiérrez)

Enrique Luengo G.

ITESO

Octubre 2008

El complejo de amor en Edgar Morin¹

(Un amoroso homenaje al “profesor” Alfredo Gutiérrez)

Enrique Luengo G.

ITESO

Octubre 2008

Introducción a manera de justificación del tema.

El pensamiento complejo es un conocimiento que nos lleva a revisar, entre otras cosas: el bien, lo posible, la ética, lo necesario, la fraternidad, la amistad, el amor... No es un conocimiento que se embebeza en sí mismo, no es un conocer por conocer, y menos aún un conocer para el dominio de la naturaleza y del comportamiento humano. Por el contrario, el pensamiento complejo resulta en un conocimiento que se quiere convertir en conciencia (ciencia con conciencia) y se quiere convertir en acción (en un vivir para vivir, tan amenazado hoy día por tantas cegueras). Por ello, Edgar Morin escribe: “Me niego a aislar nuestras vidas de la vida, nuestras vidas de nuestras ideas, nuestras ideas de sus consecuencias.”² Nuestro querido Alfredo, lo dice en el eco del universo: “Ver más y mejor el movimiento y la interdependencia es la posibilidad y la necesidad que nos tenemos prometida como condición de un conocimiento que signifique simultáneamente vida, de una información que no tenga menor equivalencia que la de sobrevivir.”³ “El conocer es...una especie de co-creación mundo-humanidad.”⁴

En otras palabras, el pensamiento complejo es un saber que intenta iluminar nuestra existencia y eventualmente permite reformarla. Por ello, Morin invita a conjugar en una misma intención transformadora, la reforma de la sociedad

¹ El complejo de amor es el título del primer capítulo del libro de Edgar Morin, *Amor, poesía, sabiduría*, Seix Barral, Barcelona 2001.

² Morin, Edgar, *El método II: La vida de la vida*, p. 523.

³ Gutiérrez, Alfredo, *La propuesta I: Edgar Morin, conocimiento e interdisciplina*, Universidad Iberoamericana, México, 2003, p. 124.

⁴ Gutiérrez, Alfredo, *La propuesta I*, p. 134.

(que implica la reforma de la civilización), la reforma del pensamiento (que implica la reforma de la educación), la reforma de la vida (que implica la reforma en la manera como entendemos y asumimos el concepto de calidad de vida) y la reforma ética (que implica reactivar nuestras potencialidades altruistas y comunitarias).⁵

El pensar a partir de los principios del conocimiento complejo, el pensar nuestra realidad a partir de su circularidad recursiva siempre abierta, el pensar en el entrelazamiento sistémico de la *physis*, lo biológico, lo antropológico y lo social, nos conduce a plantear la relación entre conocimiento, complejidad y amor. De esta manera es que podemos comprender que el amor no escapa a los problemas de la complejidad.

La cultura académica y científica no suele plantearse el tema del amor en su amplitud, radicalidad y complejidad, pues el conocimiento científico, aún el de las ciencias humanas⁶, se suele perder en las formas teóricas y metodológicas cuando intenta abordar lo más sensible de lo humano: el amor, la amistad... la vida misma en su más pleno sentido. El sabio de Alfredo lo reconocía - permítame decirles que un sabio posee el arte de vivir y él lo tenía- valorando otro tipo de saberes y afirmando que la humanidad no vivía, ni vive sólo del conocimiento científico y de los productos de la razón universitaria, sino que los múltiples saberes y sensibilidades del ser humano siguen sosteniendo el rescate de nuestra realidad. Es decir, para Alfredo, el resto del saber (de lo no científico) y del sentir es lo que ha sostenido y sigue manteniendo la vida de millones de seres humanos.⁷

En tanto que definimos al ser humano solamente por la noción de *homo sapiens*, el amor, aparece como superfluo, secundario, perturbador. Pero si lo definimos como *homo sapiens-demens*, no solamente como razonable o calculador, sino también como un ser de desmesura, locura, emoción y delirio,

⁵ Morin, Edgar, *El método VI, La ética*, pp. 188-94.

⁶ “Deseo exponer esa dificultad, tan frecuente en las ciencias humanas, que es hablar de un objeto como si existiera fuera de nosotros, sujetos. Y esto es más evidente en el caso del amor, dado que la mayoría de nosotros hemos sido, somos, seremos sujetos del amor.” Morin, Edgar, *Amor, poesía, sabiduría*, p. 15.

⁷ Gutiérrez, Alfredo, *La propuesta I*, p. 140.

la idea de lo humano se complejiza. Esta concepción de lo humano, como *homo complexus*, implica comprender la afectividad y la pasión en su complementariedad y antagonismo con la razón. Morin nos hace recordar que: “la pasión puede cegar, pero también puede iluminar la razón si ésta recíprocamente la ilumina. Necesitamos inteligencia racional pero también necesitamos afectividad, simpatía, compasión.” Así, “podemos razonar nuestras pasiones y apasionar a nuestra razón.”⁸

El complejo de amor.

A partir de estas primeras pinceladas de la relación entre conocimiento, complejidad y amor, podemos adentrarnos al complejo de amor en la obra de este sugerente “autor sin fronteras” que es Edgar Morin.

El amor es un tema recurrente en sus escritos desde hace más de cuatro décadas. Entre sus publicaciones sobre el tema, podemos mencionar: *Introducción a una política del hombre* (1965), *El método II: la vida de la vida* (1980), *Tierra patria* (1993), *Mis demonios* (1994), *Pleurer, aimer, rire, comprendre* (1996), *Amor, Poesía, sabiduría* (1997), *El método VI: la ética* (2004) y diversos artículos, entrevistas y diálogos, como el sostenido con Boris Gyulnik, *Diálogos sobre la naturaleza humana* (2000). En cada uno de estos escritos, Morin aplica los principios del pensamiento complejo para dar cuenta del complejo de amor.

Alfredo Gutiérrez reconoce lo anterior en su amigo Edgar, con estas palabras: “Tú apuestas al amor y al perdón. Pensar la incertidumbre, la limitación y el misterio, es convocar al conocimiento que viene, donde no hay más seguridad que la de lo ambiguo, lo contradictorio y lo cambiante... asumir lo imposible si es necesario, y hacerlo posible en el conocimiento, la imaginación, el sueño, el dolor y la alegría, es una invitación permanente de este multiplicador de preguntas, que abre territorios a la vez que ilumina el interior de los humanos que construyen la paz por el saber y la solidaridad. Es el llamado a una ciencia

⁸ Morin, Edgar, *El método VI, La ética*, pp. 150-1.

con conciencia, que no solo da cuenta de lo que existe, sino que ama la vida y la casa planetaria de la humanidad.”⁹

Pero: ¿Qué nos dice Edgar sobre el amor complejo o el complejo de amor? Al ser Morin un rearticulador sistémico del conocimiento, la respuesta a esta pregunta, así como la presentación de su obra o de algunos componentes de la misma, no tienen una sola respuesta, sino varias. Es por esta razón, que, a continuación, intentaré exponer diversos tratamientos o entradas en torno al amor, en el entendido que estos distintos caminos de inicio confluyen para relacionarse y complejizarse.

Primera entrada: las fuentes del amor.

Concebir la complejidad del amor exige una mirada reticular. En las fuentes del amor humano confluyen diversos componentes entretreídos. Detrás de un “te amo”, nos dice Edgar, hay un componente físico que se manifiesta en la entrega corporal –no sólo sexual-; hay un principio de atracción o de apego biológico; hay una fuente animal innegable, que proviene de la unión cálida de la madre con sus crías; hay una relación afectiva, intensa e infantil hacia la madre, que va metamorfosearse, prolongándose en los primates y los humanos; hay una atracción sexual entre el macho y la hembra, que en los humanos no se limita a los períodos de celo, sino que se intensifica en el juego erótico; hay un componente imaginario, mitológico, enraizado en nuestra mente y el lenguaje; hay estados exaltados, de posesión, éxtasis, de comunicación con lo sagrado; hay transferencias de las relaciones simbióticas madre-hijo, pareja macho-hembra, fraternidad entre hermanos-hermanas a la amistad, el afecto y el amor de otras grupalidades.

En resumen, hay ingredientes físicos, biológicos, antropológicos, mitológicos que se conjugan y cristalizan en el amor.¹⁰ Nuestro “profesor” lo sabía, pues nos dijo que: “el amor es la traducción humana del acoplamiento, de la

⁹ Gutiérrez, Alfredo, “Edgar Morin en la paz y la amistad”, en *Edgar Morin: homenaje al amigo, 85 años*, Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, México, 2007, p. 55.

¹⁰ Morin, Edgar, *Amor, poesía, sabiduría*, p. 16-21.

asociación y la correspondencia cósmica. Todo va con todo... Porqué es también posesión y entrega animal, sagrada herencia de los seres vivos; es esa turbulencia que acosa, hiere, destruye, pero sin cuya fuerza desatada la calma congelaría la dichosa energía de los hombres y las mujeres. No siempre fue romance, aunque siempre haya sido gusto, modo, seducción y hasta calambre.”¹¹

Segunda entrada: el amor como religación.

Las sociedades humanas son a la vez comunitarias y rivalitarias, se organizan en la unión de la concordia y la discordia, viven un proceso continuo de orden y desorden. Las fuerzas de separación, dispersión y aniquilación de lo humano colectivo e individual, se desencadenan permanentemente, pero a la vez, junto con esta agitación, se presentan las fuerzas de religación.

Se efectúa, de esta manera, una dialógica indisociable entre lo que desune y fragmenta y lo que religa, asocia e integra. Esta dialógica destructora-creadora es igualmente aplicable a escala de los individuos, de las colectividades o de la historia humana.

Existe, por tanto, una lucha permanente “de la religación contra la separación, la dispersión y la muerte. Y ahí hemos desarrollado la fraternidad y el amor.”¹² Adicionalmente, para luchar contra lo que nos separa, los seres humanos generamos mitos sociales, reconocemos ancestros comunes, nos vinculamos al cosmos mediante diversos cultos y creencias, o nos integramos como miembros de una misma fe religiosa (Morin nos recuerda que la palabra religión significaba en sus orígenes religación).

Y como respuesta al corazón del misterio que es la existencia humana, a esa “extraña flotación”, a ese “tramo sin extremos”, a ese “tendedero sin amarres a sus lados”, en fin, a ese misterio que es el no saber “para qué fue que tomamos

¹¹ Gutiérrez, Alfredo, *Mis conclusiones*, p. 40.

¹² Morin, Edgar, *El método VI*, p. 40.

estos caminos de la existencia, luego de ser nacidos sin consulta previa”¹³, los seres humanos hemos creído y estamos amorosamente convencidos de una religación que ignora la separación del tiempo y del espacio, “en una fuerza inaudita de religación que mantiene la unión en dispersión y conecta de forma increíble todos los componentes del universo.”¹⁴

En síntesis, como afirma una vez más nuestro amigo Edgar: “en nuestro mundo humano, donde están y devienen tan potentes las fuerzas de separación, repliegue, ruptura, dislocación, odio, en lugar de soñar con la armonía general o con el paraíso, vale más reconocer la necesidad vital, social y ética de amistad, de afecto y de amor.”¹⁵

Son estas potentes fuerzas religantes, las que nos permiten contrarrestar la creciente complejidad humana, consistente en mayor diversidad, mayor autonomía, mayor libertad y mayor dispersión. La solidaridad, la fraternidad, la amistad y el amor son los cimientos (y cementos) vitales de la religación humana. Por ello, escribe Morin, que: el amor es la experiencia fundamental que religa a los seres humanos, es la religación antropológica suprema, es la expresión superior de la ética, es la poesía de la vida, es la resistencia a la crueldad del mundo.¹⁶

Tercera entrada: el amor inclusivo-exclusivo.

Si bien el amor puede llevar al éxtasis, al paroxismo, al intenso deseo de ligarse en comunidad con otro, a sostener el principio altruista de inclusión, también tiene el riesgo de ser capturado y poseído a partir del principio egocéntrico de exclusión, el cual se apropia del ser amado de manera exclusiva y celosa. Así nos engañamos en ocasiones, pretendiendo amar a nuestros vivos y a nuestros muertos, nos adueñamos de ellos, dejando de lado o alejándonos del amor verdadero, el cual se caracteriza por considerar al ser amado como igual y libre.

¹³ Gutiérrez, Alfredo, “Más allá desde acá ¡Adiós!”

¹⁴ Morin, Edgar, *El método VI*, p. 43.

¹⁵ Morin, Edgar, *El método VI*, p. 41.

¹⁶ Morin, Edgar, *El método II*, p. 510 y *El método VI*, p. 41 y 118.

Los malos amores, exclusivos, posesivos, perversos, nos dice Morin (que podemos llegar a consagrar en ideas, fetiches e ídolos y que pueden llegar a sembrar el terror y la intolerancia) son parte de la condición humana. A la insuficiencia de amor en el mundo, dada la separación y la dispersión, se suma estas otras carencias de malos amores. Es en este doble juego del amor, inclusivo-exclusivo, que Edgar entiende porque “la insuficiencia de amor hace incapaz de reconocer las cualidades del otro y el exceso de amor hace celosamente incapaz de reconocer la autonomía del otro.”¹⁷

Por tanto, “no se puede resolverlo todo con o por el amor: el amor contiene sus parásitos íntimos que lo ciegan, su frenesí autodestructivo, sus desencadenamientos rabiosos. En lo más intenso de cualquier pasión, incluida la pasión de amor, hay que mantener la vigilia de la razón.”¹⁸

El saber vivir en el amor implica tanto el vigilar los extravíos del mal amor como el cuidar su regeneración, como a continuación veremos.

Cuarta entrada: la regeneración del amor.

Todo lo vivo tiene que regenerarse para no diluir su existencia. Morin, afirma continuamente que “todo lo que no regenera degenera”. Es decir, que toda organización u organismo vivo, todo lo que se instituye en la sociedad, experimenta procesos de desgaste y deterioro, y por ello requiere de una regeneración permanente.

Cito a Edgar: “como todo lo que esta vivo y todo lo que es humano, el amor está sometido al segundo principio de la termodinámica, que es un principio de degradación y desintegración universal. Pero los seres vivos viven de su propia

¹⁷ Morin, Edgar, *El método VI*, p. 123.

¹⁸ Morin, Edgar, *El método VI*, p. 118-9. Por ejemplo, nos dice Morin, el amor a la humanidad puede perderse y ponerse al servicio de una política opresora en nombre de la humanidad misma, lo cual puede conducir a la más extrema inhumanidad.

desintegración combatiéndola con la regeneración.” Y más adelante agrega Edgar: “lo mismo ocurre con el amor, que sólo vive renaciendo sin cesar.”¹⁹

El amor no sigue siendo amor si no regenera en un continuo enamoramiento, de no ser así, se deteriora, se degrada, se cansa...

Es la afirmación humana de querer vivir, lo que empuja a los seres humanos a regenerar el amor junto con la poesía, la amistad y la fraternidad.

En el mismo tenor, nos dice Alfredo: “el amor puede ser modificado radicalmente o terminarse de plano con la institución que lo administra. Todo emparejamiento oficial introduce elementos extraños a la mera querencia y se vuelve medio represiva, excluyente y refrigerante... ¿Cómo hacerle para seguir naciendo, mantener la llama de la pasión, el desafío de la aventura en el romance...?”

Edgar, parece coincidir con Alfredo, cuando escribe que el amor es como la vida, paradójico, pues hay amores que duran, del mismo modo que dura la vida.

Quinta entrada: el amor cristiano.²⁰

Desde otro tratamiento al tema, Morin elabora una visión antropológica del ser humano, en su libro *Introducción a una política del hombre* (1965). En esa obra analiza críticamente varios sistemas de pensamiento para buscar las bases o principios fundamentales de lo que el denomina su antropolítica.

Entre los diversos sistemas de pensamiento que analiza, junto con el marxismo, freudismo, el conocimiento científico, etc., Morin se refiere al cristianismo. Extrae de ahí el tema del amor, señalando, como ya lo habíamos

¹⁹ Morin, Edgar, *Amor, poesía y sabiduría*, p. 25-6.

²⁰ “El cristianismo original segrega un amor religioso, rico, difuso, en surtidor, hacia las cosas creadas, hacia el otro, hacia lo innumerable, hacia el prójimo. Por otra parte, el cristianismo, pese haber llevado a incandescencia al amor religioso en algún caso, no posee su monopolio...Sin embargo, el cristianismo nos plantea con mayor violencia que cualquier otra religión el problema del amor.” Morin, Edgar, *Introducción a una política del hombre*, Gedisa, 2002, p. 42.

advertido, que es arriesgado y osado mencionarlo dentro de la academia, a pesar de que el amor es uno de los elementos constituyentes más positivos de lo humano.

La antropolítica, nos dice, “deberá integrar la raíz del amor extraída del evangelio”, una religación con la humanidad misma y con el cosmos misterioso. “El amor es el único antídoto ante la angustia y la muerte”, resiste a la nada, al vacío, y responde sin cesar para sostenernos en el enlace con nuestros seres más queridos, en la fraternidad y en lo colectivo. En una frase contundente, Edgar nos dice: “el amor exorciza la muerte”.

La invitación de Morin es a esforzarnos a amar más y mejor, a resistir a lo que tiene por efecto una reducción y resecamiento de nuestras capacidades de amar y dar amor.²¹ Considerando además que “el amor no debe seguir encerrándose en la orgullosa e insignificante especie humana, pero tampoco ha de disiparse en una idea-imagen de Dios que sea exterior al mundo. Debe retornar al gran manantial misterioso, cósmico, para comenzar de nuevo su andadura.”²²

Para concluir: ¿Qué es el amor?

Es la suma de la unión, de la contradicción fundamental, entre la locura y la sabiduría, de *demens* y *sapiens*, nos dice Edgar. En sintonía con él, Alfredo escribió: “Es el nombre humano de la contradicción, un absurdo inteligente y una locura racional.”²³

Edgar nos continúa diciendo que el amor es quizá nuestra religión (religación) más verdadera y al mismo tiempo la más verdadera de nuestras enfermedades mentales. En esta oscilación, nuestra verdad personal es revelada, suscitada y enriquecida por quien amamos (o por lo que amamos).

²¹ Solana, José Luis, *Antropología compleja*, COMARES/Universidad de Jaén, 2000, pp.467-483.

²² Morin, Edgar, *Introducción a una política...*, p. 45.

²³ Gutiérrez, Alfredo, *Mis conclusiones*, p. 40.

El amor “posee el sentimiento de la verdad, pero el sentimiento de la verdad es la fuente de nuestros errores más graves. ¡Cuántos desgraciados, cuántas desgraciadas se ilusionaron con la “mujer de su vida”, el “hombre de su vida!”²⁴

Y Alfredo, ¿qué nos dice nuestro “profesor”? “El amor es un demás de permanencia, verdad y compromiso; acto de perfección-imperfección radicalmente indefinible... Es una punzada del inconciente dividido (del *homo sapiens-demens*). No podemos ocultar que es una desilusión consentida y que es una sorpresa calculada. Es el lento aprendizaje de la otredad más cercana y revelación involuntaria de uno mismo.”²⁵

Pero a pesar de lo anterior, seguimos apostándole al amor. Los seres humanos no podemos vivir sin mitos, nos dice Edgar, e incluye entre ellos el mito más noble y poderoso que existe: el del amor. Es lo único a lo que podemos aferrarnos. No podemos probar empírica y lógicamente la necesidad de amor, pero si podemos apostar por y para el amor.

El “profesor” nos lo confirma en su carta postrera: “Me voy peor que como llegue en cuestión de conocimientos. Pero me voy con otro tipo de satisfacciones y esperanzas, que van un poco más allá del conocer sólo. He sido consentido y apapachado a más no poder. En eso consiste lo mejor que viví, para eso es que vine ¡faltaba más! Pero no olvidé consentir y apapachar a quines pude y tuve a mi alcance. Todo lo demás es sólo lo demás. Gracias por existir conmigo y contigo.”

Cada individuo tiene la certeza de su muerte pero ninguno conoce ni la fecha ni las circunstancias. Ante esta radical verdad, el peligro, ya nos lo dijo Edgar, es quedar atrapado en la angustia. Para responder a ella, necesitamos acudir a la comunicación, la comunidad, la amistad, la participación, la poesía, el juego, el

²⁴ Morin, Edgar, *Amor, poesía y sabiduría*, p. 31.

²⁵ Gutiérrez, Alfredo, *Mis conclusiones*, p. 40.

amor, a todos los valores que constituyen la textura misma de la vida.²⁶ Alfredo, lo tenía claro, ante la certeza de su muerte supo vivir así, por eso pudo partir “en medio de sus propias fanfarrias y con el alma batiente de alegrías”. Aun nos dijo como no quedar abrumados por el dolor de su partida: “no se abandonen, que no hay más que correspondernos y ser juntos todo lo que se pueda.” Finalmente, en su posdata postrera, añadió: “Y a ver como se libran de que los mire y los quiera como Dios me mandó hacerlo.”²⁷

²⁶ Cyrulnik, Boris y Edgar Morin, *Diálogos sobre la naturaleza humana*, Paidós Asterisco, Barcelona, 2005, p. 35.

²⁷ Gutiérrez, Alfredo, “Más allá desde acá... ¡Adiós!”